

# Lo que decían los silencios

Iliana Atl



# Capítulo 1

## UNO

Le estaba contado todo de nuevo a la luz de la sombría ventana:

–Carmen –Pronunció su nombre y resopló ahuyentando el polvo de la moribunda habitación–. Siento contarte todo esto, pero no tengo a nadie más. –Estaba encorvado en el sillón gris, claramente ensimismado. Con la frente recargada en la palma de su mano. Tragó saliva, se sacudió el cabello ansiosamente y muy lentamente se reincorporó.– Confío en tí.

Se acercó a su fúnebre lecho y con un beso en la mejilla se despidió. Sin mirarla de nuevo, cerró la puerta.

Mientras caminaba por el angosto pasillo sus ideas no dejaban de darle vueltas. Y vueltas. Hasta que las ideas se condensaron y cada una empezó a crear personalidades propias, con voces individuales.

Pulsación tras pulsación. No dejaba de palpar y, con cada paso que daba aumentaba la opresión en su cabeza. En zancadas color carmín la herida de su abomen se prolongaba. Se desplomó en la pared y recargó su brazo en la pared opuesta para sostenerse. Ya estaba sudando frío, y mucho.

Eso era. Había llegado. Eso era el fin.

Miró el interminable pasillo, con aquella mirada que todo promiscuo soñador tiene hacia el futuro; aún le quedaba un largo camino para llegar a la salida.

## II

Se las arregló para llegar a la tina. Se podría decir que no ansiaba salir de la casa, más bien ansiaba salir de su cuerpo, de su vida.

Su playera, como su mano, estaba pegajosa. Por la sangre que no se detendría hasta que su corazón dejara de bombear.

A ratos tenía momentos de horrible lucidez, y en otros ensoñamientos, recordaba la mañana, los bellos colores y la placentera calidez de un nuevo día.

Era curioso. Volteó a ver la manecilla del baño. Allí, en ese baño era donde se drogaba. Allí fue donde empezó su sentencia de muerte.

Pero no, no. No podría echarse a sí mismo toda la culpa. Fue en parte de todos.

Todos pusieron pequeñas porciones de su energía para terminar así. Tal vez todos se odiaban a sí mismos y esa forma de arruinarle la vida a otros era alguna forma de acabar con su propia cordura.

¡Bah!, pero, ¿quién era él para estar pensando en esas cosas ahora?

Era sólo un solitario de unos 30 años, una persona de mal temperamento. Un moribundo, con sus últimas palabras dichas en formas de pensamientos.

El cansancio lo arrastró de nuevo y no escuchó que alguien, a unos metros tocaba la puerta.

«Lo que empieza mal...-decía Carmen en una cocina con colores cálidos y hogareños mientras sostenía una cuchara en su mano y le sonreía a su hijo Ben, Benjamín. Su madre hizo todo lo que pudo para darle todo lo que necesitaba, y en esa época, en esos momentos de felicidad, Benny sabía lo que su madre diría a continuación, no hacía falta que lo dijera, por que así ella le recordaba que siempre permaneciera positivo. No tenía que terminar la frase, pero lo hacía-... termina mal.»

-Carmen. -Suspiró suavemente y abrió los ojos, justo cuando su cuerpo decidió abandonarlo para siempre.

## Capítulo 2

### EMPEZANDO DESDE AHÍ

Benjamín tenía 12 años cuando su mamá colapsó. Y él sabía que su mamá no iba a levantarse de la cama. Sabía que algo en ella había muerto y que la depresión había sido su verdugo.

Su mamá, Carmen, estaba casada con un hombre llamado Martín. Y eran una familia adorable, como la mayoría. A veces algo problemática, a veces algo distanciada, pero al final de cuentas: junta.

Primero llegó la depresión, y luego la ceguera. Al final, su papá terminó lléndose de la casa, incapaz de poder lidiar con una esposa enferma.

Cuando Benjamín consiguió empleo en una automotriz, o primero que hizo con su sueldo fue pagarle a su madre una enfermera particular. Y regularmente la visitaba. Iba a la casa donde creció y le contaba de su día, sin esperar una verdadera respuesta de su madre.

Pero un día en una de las visitas, revisó el correo y vió que había un sobre inusual. Cuando lo abrió y revisó el contenido vió que era su padre.

Por alguna extraña razón, había decidido darle una checada al pasado y tal vez, en algún arrebató, había decidido conseguir un abogado y exigir lo que era suyo.

Benjamín ni siquiera sabía que sus padres se habían divorciado, mucho antes de que su mamá cayera en crisis.

Y tampoco sabía que su mamá había ganado la custodia de él, pero que todas las pertenencias, coche, casa y de más, aun le pertenecían a su padre.

Nada de eso tenía sentido. Eso había sido desde hace años, no tenía sentido exigir nada ahora. La mayoría de las cosas o las había vendido, donado o estaban ya en mal estado.

Probablemente era un error. Esa carta de desalojo tenía que ser un error.

## Capítulo 3

### SIGUIENDO EL SENTIDO DE LAS LETRAS

Todavía no se lo creía. Estuvo meditando sobre la carta en el sucio y descuidado comedor, cerca de la ventana.

Las cortinas estaban roídas y la luz ese día era naranja, amarillenta, escasa. Pensó en lo que solía decir su mamá y en como no se pudo dar cuenta de lo que sucedía, en cómo le ocultaban las cosas que rodeaban su vida y cómo el sencillamente seguía viviéndola sin saber nada, sin querer saber.

Y entonces apareció en la ventana una figura negra que se acercaba incierta a la puerta.

Ben no se movió. No quería moverse, no quería enfrentar la realidad, no quería saber nada de la vida, y no quería participar en nada. No quería tener que hacerse cargo de nada. Escuchó atentamente, pero no se movió y sabía que cualquier persona que entrara por la puerta principal y no por la trasera tardaría muchísimo tiempo en darse cuenta de que estaba ahí. Así que no se movió pero se puso alerta.

Escuchó unos pasos en la sala. Había entrado.

Sólo una persona tenía llaves. Ben y ya. Su mamá estaba muriendo en el lecho de cuarto, no podía ser ella quien entrara por la puerta.

Sin embargo era una voz femenina, aguda, la que se alcanzaba a percibir. Y había más pasos. Estaba acompañada.

No fue hasta que rió, cuando Ben se dio cuenta de que se trataba de una niña.

En un principio se sobresaltó. Pero se tranquilizó al pensar que tal vez sólo se trataba de un par de niños curiosos e inquietos que imaginaban que la casa estaba abandonada. Con ese aspecto no los podía juzgar.

Pero después todo se volvió callado. Y no habían salido de la casa.

La cosa se tornó espeluznante. No era un silencio normal, era aterrador, siniestro. Incómodo.

Ben asomó la cabeza hacia el otro lado y un aire vacío fue el que le contestó.

Se levantó silenciosamente de la mesa y tomó el vaso de agua empolvado y lleno de manchas cafés. Si algo lo tomaba desprevenido, le partiría la cabeza con ese vidrio.

Dió un paso hacia la sala de estar y, de un azotón se abrió la puerta trasera!

Ben dio un saltó al mismo tiempo que todo su cuerpo se tensaba. Sus ojos explotaron en terror y luego pudo asimilar la información.

Había una niñita en el umbral, burlándose de él, mientras su padre la sostenía de un hombro y le decía:

—Hola, Ben. Cuánto tiempo, ¿Conoces a Julieta?, Te la presento, es mi hija.

Ahora tenía sentido. Tenía otra familia, una que sí quería cuidar.

## Capítulo 4

### CHARLAS SOSAS

—Perdona que no te lo haya dicho antes, pero nunca pensé que fuera una buena idea. Ya sabes que éstas cosas son muy delicadas y...

Julieta estaba jugando con los cuadernos viejos del estante de al frente y distraían al padre de Ben.

Lo hacían sonreír y perder el hilo de la idea. Pero Ben no iba a ayudarlo a recordar lo que decía. Si quería hablar, tenía que recordarlo su papá. Estaba cansado de pretender entender la vida familiar que llevaba. Sólo quería respuestas honestas. Nada más.

—Lo siento. ¿En qué estaba?, Ah... sí. Un tema delicado. Sí, Ben, no sé cómo explicártelo, es mucho y... Dios, todo sería más fácil si tu mamá no estuviera enferma...

—¿De dónde conseguiste la llave, papá? —"papá" sonaba algo sarcástico e hiriente.

—¡Oh!, ¿Nunca te lo conté?, Bueno, a veces yo también venía a checar a tu madre...

No hubo signos de interés por parte de su hijo. Y toció nerviosamente.

—Como una vez cada año... —Se levantó de la mesa y le dijo—: Mira, Ben, no es mi deber. Ya no, todo se acabó cuando ella me pidió el divorcio y siento mucho que se haya enfermado y que todo el peso de cuidarla y de convivir con enfermeros te tocara a ti solo. Pero, ¿Qué podía hacer yo, Ben? Por Dios santo, la mujer incluso me dio una orden de restricción.

—Oye, no me interesa por qué volviste, o por qué ahora pretendes quitarle todo lo que le queda. Sólo —Se quedó en silencio, estaba buscando las palabras que usaría—, dame dinero, algún tipo de pensión y yo le buscaré un hogar. Uno apropiado para ella.

Su padre asintió, frunció los labios y volteó a ver a Julieta, a la hermosa y encantadora Julieta, y luego volteó a ver a Ben. Ojalá hubiera podido hacer más con el muchacho. Pero su mamá no lo permitía y ahora... En fin, ya no era su problema y ya no había nada al respecto por hacer.

Se acomodó la chaqueta y buscó en sus bolsillos del pantalón. Sacó \$1,

200 pesos en efectivo y le pasó una tarjeta de crédito.

—Esto es lo que te puedo ofrecer por ahora. Agradecería mucho que agilices cuanto antes todo el traslado, papeleo y de más.

Ben tomó el dinero, lo guardo, tomó las llaves y en la puerta trasera se detuvo a mirarlo.

—Fuiste un gran padre, para el tiempo que te tuve.

Ambos sonrieron.

—¿Crees que en cuanto arreglemos todo esto, lo de la orden puesta hacia ti conmigo y con mamá, y todo eso... Crees que podemos, no sé, salir un día?, ¿O crees que por lo menos podrías comprarme un carro? Ya sabes, para reparar los daños y recuperar el tiempo perdido.

Volvieron a sonreír.

Sin saber qué más decir, Ben cerró la puerta tras de sí.

Sabía que su mamá había enfermado notoriamente cuando su papá se fue... Pero al parecer siempre estuvo enferma y sólo no quería ver la realidad.

Quién lo diría. Su padre siempre "estuvo ahí" para ellos, aun cuando lo despreciaban.

Bueno, sólo un par de papeleos, y tal vez, quién sabe, conseguiría cobrar una multa por negligencia. Sonaba bien, se lo merecía después de todo